

Rubén Darío Fernández

LOCURA LUZ

Y OTRAS LUCES

EXCODRA
e d i t o r i a l

Locura Luz

(Y otras luces)

Rubén Darío Fernández

**Colección Lo maldito
Relatos**

**EXCODRA EDITORIAL
2016**

Texto: © Rubén Darío Fernández.
Edición: © Excodra Editorial.
1ª Edición, octubre del 2016.

ISBN: 978-84-945340-8-9
Depósito legal:

Impreso por Podiprint.

<http://www.excodraeditorial.com>
excodra@excodraeditorial.com

ÍNDICE

Contenidos	Página
Locura Luz (Y otras luces)	3
LOCURA LUZ	5
NO SEREMOS NADIE	49
33	71
EN LA NOCHE	91
EN EL PAÍS DE LA SEMANA CERO	115
RETO AL DESAFÍO A GOLPES DE SOL Y EDAD	143

Locura Luz

(Y otras luces)

LOCURA LUZ

1 Enric

Vale, me gusta pensar que han cambiado la hora de mi muerte, para más adelante. Tengo tiempo, medito.

Nunca antes había estado en ese pub. Tenía dos plantas y en la de arriba estábamos nosotros. Allí, alrededor de la mesa, los doce o quince que éramos, según el momento, bebíamos, cada uno lo suyo; fumábamos, de lo que se iba pasando de mano en mano; y esnifábamos la cocaína que solía aparecer sobre la cubierta de un CD, cada no demasiado tiempo. Era un ambiente tranquilo, aunque pudiera parecer lo contrario por todo lo que nos estábamos metiendo. De hecho, yo, recostado en uno de los sofás del local, leía un cuento de Raymond Carver, e intervenía, haciendo pequeñas pausas a mi lectura, en alguna conversación que me gustara o porque se dirigiesen a mí expresamente. Disfrutaba de esos momentos en que las drogas no son para desinhibirte a la hora de la acción, o para olvidar los dolores de la vida, sino como música de fondo, y de esa manera, en vez de enturbiarme y hacer de soga al cuello, me aclaran, me expanden, o al menos, eso me parece. Además, era magnífico poder estar con gente que no estaba deseando meterla a toda costa, o dejarse meterla, sino que disfrutaban del diálogo, de hablar, de compartir, sin más.

Entonces, en ese ambiente de comodidad, comienzo a recordar cómo era diez años atrás, cuando empezaba a descubrir el mundo de la noche y de las drogas. Recuerdo unos días cuando vivía en Galicia.

Era invierno y tenía 19 años. En la mano llevaba un tapón naranja de una bombona de butano lleno de aceite de oliva, tapado con papel de aluminio. *Fasía un frío do carallo*, que decimos en mi tierra, tenía la mano aterida y la cabeza emocionada ante la proximidad de tal evento.

La humedad y la piedra de la calle hacían muy buena pareja, recuerdo que pensé en el camino hacia casa de Manel (en su casa sólo había bebidas y drogas varias, nada de comer y, mucho menos, aceite de oliva, así que fui a mi casa a buscarlo).

Un pequeño inciso sobre el lugar de la acción: Santiago de Compostela vive inmerso en una nube prácticamente todo el año, pero es hermoso y a mí particularmente me incitaba a beber para reponerme de semejante clima; también porque era algo tímido, callado, expectante y necesitaba hacer florecer el mundo extraño que vivía en mí, y la vía rápida eran la bebida, los porros y la cocaína.

Sostuve la cucharilla temblando, llevaba ya un buen colocón de hachís. Manel encendió una cerilla y la puso debajo haciendo hervir el aceite con un pedazo de costo dentro. Lo íbamos a mezclar con natillas Danone, treinta pesetas cada una, para comer. La subida es rápida y ni te enteras, de repente estás *volao*, con la mayor fumada que nunca hayas tenido. Yo acabé la aventura psicodélica en el hospital con taquicardia, sentía el corazón batir en todas las partes de mi cuerpo, estaba cagadito de miedo; oía voces, verdaderas conversaciones de personas que sabía que físicamente no podían estar a mi vera pues o estaban a kilómetros de distancia o estaban muertas; veía turbio y todo se volvió maleable, era como si el mundo entero estuviese bajo el mar, pero con mucha quietud, con una serenidad de teatro vacío. Pensé que bien le podían haber dado por el culo al jodido tapón de la bombona de butano, de haber tenido gas natural seguro que nos hubiéramos fumado el hachís y tan tranquilos. En el hospital me dieron trankimazin y otra pastilla que no reconocí, supongo que un relajante muscular o tal vez

del sistema nervioso, voltaren o diacepam, lo más seguro. Y volví a la vida, más o menos.

Esa noche hizo replantearme mi vida, de esa manera en que se la replantea un chaval con 19 años, y decidí darme un respiro de alcohol y drogas fuertes y salidas nocturnas para evitar tentaciones. Me hice con unos cuantos libros para estar bien entretenido y retomar mi afición perdida de la lectura. Me ventilé *La Nausea* de Sartre en la primera noche. A pesar de mi sana intención de dejar las drogas una temporada, seguí fumando canutos, para leer, no más, claro que leía constantemente, con lo que, en fin, te metes de otra manera en los libros, no digo que profundices más, sino que la sensación a mí particularmente me resulta más agradable; luego me jodía porque en unas semanas ya casi no sabías de qué trataba el libro que habías leído, pero me dejaba muy buen recuerdo. “Prefiero las sensaciones a los pensamientos” me decía. La razón me mata y me pierdo en los razonamientos lógicos, en los hilos conductores y el caso es que también leí otros libros, 1984 de George Orwell, un libro impresionante y no lo suficientemente divulgado, poco extendido a dominio público, una belleza de relato socio-político que me dejó profundamente marcado y jodidamente cabreado por ser tratado, semejante novela cúmulo de verdades, como un libro de ciencia-ficción, hay que tener huevos de enmascarar tan apestosamente semejante retrato del mundo en el que vivimos, yo me entiendo. En un par de semanas, además de cinco mil pesetas de hachís, me fumé una docena de libros, Fauno de Goethe, Así habló Zaratrusta de Nietzsche, poemas sueltos de Pessoa, Bequer, Machado, Lorca, Kipling, relatos de Borges como el mítico Alef, o Utopía de un hombre que está cansado, Trópico de Cáncer y de Capricornio de Henry Miller, el Bestiario de Julio Cortázar y llegué de entre tanto ilustre y genial escritor a un tipo de escritura llana, pero como una daga: Charles Bukowski. Sus poemas, me dejaron seco, exhausto, de su libro “El cartero” me fascinó el principio y el final, pero lo que más hizo herida grave en mí, fueron sus relatos del libro *Eyaculaciones*, erecciones y otras exhibiciones.

Como ya dije tenía 19 años, acabé el libro de relatos con una fumada de campeonato, lo único que me apetecía era beber y follar, a lo bestia, como Buk, quería ser un alcohólico que se follara a todo bicho vivo y luego, contarlo en libros; hay quien quiere ser Biólogo, Físico, maestro de escuela, gilipollas titulado, pensaba, empresario, funcionario, yo quería ser un borracho, un tirado, un mierda orgulloso de su condición, aceptarse es primordial, así que dije sí.

Bajé a toda hostia a un supermercado de 24 horas, pues eran la tres de la mañana cuando mi vida creía haber conocido su destino, compré cuatro litros de cerveza para empezar en casa y luego irme por los after-hours a follar y ser follado. Vivir de mis instintos, de esos que la moral cristiana apadrina como bajos instintos.

Estuve dos días seguidos, cuarenta y ocho horas borracho tras leerle. En mi cabeza resonaban una y otra vez los versos de Buk, sus relatos, sus borracheras con su carácter tan bonachón, tan simplón pero tan especial, entrañable, romántico y brutal. Era mi ídolo.

Con los años acabé siendo Diplomado en Enfermería, monógamo y tan sólo bebedor de vino en las comidas.

Pero todo se acaba torciendo, claro, o poniendo en su sitio, también. Me meto una raya y pienso en Ella, pienso cómo todo se ha ido a la mierda, la veo nítidamente, aquí a mi lado, pero estamos en casa, Ella está sentada al borde de la cama, en una esquina. A semeja una ninfa, lacónica, sobre su roca milenaria, en mitad de un lago verde, en un mundo de ensueño. Yo estoy tumbado, en la cama, a kilómetros de ella. Tengo los ojos entreabiertos, trato de alcanzarla estirando el brazo, pero, la distancia, traba mi intento en el que soy incapaz de mover un músculo. Entre nosotros, hemos construido un zarzal.

Hace unos días, haciendo traspaso entre líneas de metro, en el pasadizo más largo, las personas pasaban por uno lado y por otro de mí. Me encontraba entre dos realidades simultáneas: en una, los ruidos

eran como lanzas surcando mi cabeza; en la otra, silencio. Las dos realidades luchaban entre ellas. Yo era testigo y víctima de la lucha. La gente se volvía difusa, y al momento, percibía todo nítidamente, tan nítidamente como si el tiempo se detuviera y tuvieras ocasión de examinar cada rasgo de la realidad en estado de pausa.

De mí, a cada individuo, hay un zarzal ardiendo. De mí, a Ella, a varias vueltas al mundo caminando de rodillas, entre zarzas. Nosotros las hemos construido, silencio a silencio.

Me gusta este pub. Estoy cómodo recordando, meditando entre gente extraña que acabo de conocer, entre gente extraña, repito, como lo soy para mí mismo.

Han cambiado la hora de mi muerte, tengo tiempo y eso es lo único, lo único que creo poseer, en esta grieta de la noche.

Van pasando los días, las semanas, el tiempo es una losa. La soledad me asusta pero me asusta más no darme cuenta de la enfermedad, porque, ¿sigo enfermo?, ¿lo he estado alguna vez?, ¿puede a esto –a esto– llamársele enfermedad?

Son las dos de la mañana. Estoy bebiendo, solo, en casa, monótono y acompañado como el segundero de un reloj por los minutos y horas que pasan sobre mí. Ahora estoy en la ventana, apoyado, fumando un cigarro, viendo a una pareja que está dándose el lote en la acera, sujetando la pared, ignorantes de que les veo en su danza. Él está metiendo las manos por su camiseta para alcanzar sus pechos. Los soba salvajemente. Ella le aprieta las nalgas. Sus bocas se besan, apasionadamente. Ladean sus cabezas cada poco tiempo. Están en pleno éxtasis dejando que sea la pasión quien dé el siguiente paso. Él la levanta agarrándola por el trasero con ambas manos, ella le rodea con sus piernas la cintura como una serpiente. Él le come las tetas, a lengüetazos. Dejo de mirar y apago el cigarro en el cenicero, en vez de tirarlo por la ventana como